

El de Luis Martínez García constituye un particular caso de armonía entre inclinaciones personales e intereses profesionales. Quienes pudimos beneficiarnos de su trato a lo largo de décadas sabemos muy bien de su apego al ámbito campesino en el que había dado sus primeros pasos en el mundo. Su Agés natal no abandonaba nunca sus pensamientos, y la proximidad de este núcleo a la capital burgalesa le permitía simultanear la presencia en ambos lugares de modo muy fluido. Creo que no he conocido a ninguna persona tan apegada a su terruño y a las realidades cotidianas de este. Este apego, por lo demás, se proyectaba en su quehacer profesional, ya que Luis era, como es sabido, un acreditado experto en el campesinado medieval castellano. El mundo que había conocido desde su infancia se convertía en cierta medida en el objeto de su dedicación profesional. Convivían en él, pues, el científico social y el lugareño, de modo que su localismo estaba modelado por la dimensión cívica que otorga la actividad académica. Nada más lejos de actitudes tan usuales hoy en las que, ajenos al civismo, el localismo y el patriotismo no son, respectivamente, sino paletismo y fanatismo.

Quien escribe podría hablar largamente de las vivencias compartidas con Luis a lo largo de muchos años; pero acaso baste ahora con la referencia a su benéfico y contagioso talante optimista. Y aunque por desgracia ya no se halle entre nosotros, debemos pensar que reside al fin en esa suerte de mente única que nos engloba a todos de la que habló el filósofo andalusí Averroes y que por ende las cláusulas de su pensamiento seguirán vivas entre nosotros.

El legado científico del profesor Martínez García entraña una poderosa entidad, no solo porque es el fruto de su condición de trabajador infatigable, sino sobre todo por la admirable capacidad de comprensión de las realidades históricas que poseía. Sus orígenes intelectuales son análogos a los de otro reputado medievalista de esta Facultad de Humanidades y Comunicación, Javier Peña, a quien la Universidad de Burgos ha homenajeado recientemente por su jubilación. Ambos convivieron en sus años de estudiantes más o menos imberbes y también en los posteriores, cuando se integraron en el selecto grupo de investigadores formado alrededor de Julio Valdeón, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid. Durante los arduos e ilusionantes tiempos de la transición política española, este grupo se impregnó de las corrientes historiográficas más avanzadas, entre las que primaba el materialismo

histórico, y dejó muy atrás los rancios planteamientos metodológicos propios de la dictadura franquista.

Luis Martínez García se inició en la investigación histórica tratando el mundo de la pobreza y la actividad asistencial en la Edad Media castellana como manifestaciones de las específicas condiciones históricas del reino. Posteriormente, en su tesis doctoral sobre el Hospital del Rey de Burgos, abordó el estudio del señorío de este en los siglos XIII y XIV, lo que le sirvió como plataforma para el que en adelante sería su principal desempeño: la profundización en la naturaleza del feudalismo castellano. Sobre esta cuestión realizó aportaciones que son hoy probablemente las más sólidas en cuanto a la caracterización de su formación y evolución histórica. Por lo demás, se halló a lo largo de muchos años en diálogo con otro gran estudioso de esta problemática, Carlos Estepa, quien lamentablemente falleció pocos meses después de que lo hiciera él, y por cierto con su misma edad. Dicho diálogo no excluyó nunca los desacuerdos que, en cualquier caso, siempre se expresaron con una exquisita corrección.

Las investigaciones de Luis Martínez García sobre el feudalismo en Castilla (y León) remiten a un inicial marco genérico y omnicompreensivo de relaciones de *benefactoría* que darán paso a los señoríos de behetría, realengo, solariego y abadengo; ulteriormente, estos dos últimos experimentarán una expansión que es resultado del despliegue jurídico-político de las facultades regias, con no poca frecuencia sobre los mencionados señoríos de behetría. El abadengo, el solariego y el realengo estaban dotados de potestades mucho más definidas y contundentes que la behetría, constituyendo los llamados señoríos «fuertes». Desde fines de la Edad Media, y al compás de la superación de la fragmentación de la soberanía propia de este periodo, las diversas especies de señorío darán paso a la concentración del poder y los ingresos que este devenga en las instituciones dependientes de la corona y en los estados señoriales en manos de un reducido grupo de aristócratas.

Queda, para concluir la enumeración de las áreas de interés de nuestro medievalista, su dedicación al Camino de Santiago, del que se ocupó con reiteración y solvencia, enlazando con sus anteriores estudios sobre la pobreza y las instituciones asistenciales medievales. El Camino le resultaba muy caro, posiblemente por la situación junto a esta ruta de su pueblo, Agés, desde donde pudo contemplar a lo largo de los años el tránsito de los esforzados peregrinos que acudían caminando a Compostela para encontrarse con un apóstol supuestamente inhumado en su catedral mientras porfiaban por encontrarse a sí mismos.

En estos tiempos en que la validez de la historia como disciplina científica ha sido reiteradamente puesta en cuestión, las aportaciones de Luis Martínez, como otras inspiradas por análogas pretensiones, pueden servir de antídoto contra este injustificado cuestionamiento y, en general, contra las expresiones de los epígonos del «pensamiento débil» y el «todo vale». Desde que el movimiento posmoderno declarara caducas las nociones de razón y progreso en nombre de la dictadura del presente y de la convicción de que el logro de conocimientos fundados es imposible, hemos asistido, en efecto, a una intentona de descalificación del discurso historiográfico concebido como instrumento para forjar una conciencia crítica en la ciudadanía. La posmodernidad surge, nada casualmente, a la vez que el neoliberalismo económico, y los defensores de este buscarán erosionar los planteamientos culturales progresistas, del mismo modo que los posmodernos, pero sobre todo, en un momento en el que se constata el agotamiento irreversible del sistema soviético, revertir el proceso de conquistas sociales desarrollado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

En el terreno de los movimientos intelectuales, es de interés referirse al llamado «giro lingüístico», ajeno en principio a la historiografía, pero que causará un importante impacto en ella, según puede verse en las propuestas de corrientes como la hermenéutica o el posestructuralismo. Estas corrientes, pero también ciertas expresiones de la filosofía de la ciencia, se enfrentarán a los conceptos dominantes entre los historiadores hasta la década de los ochenta del siglo XX. Desde estos conceptos se habían buscado explicaciones de carácter general basadas en el estudio de los aspectos socio-económicos del pasado. Sus detractores dieron argumentos a la visión posmoderna de la historia para intentar dirigir a quienes se ocupaban de dicha disciplina hacia la mera exposición narrativa de los hechos históricos en investigaciones sobre problemáticas sectoriales o individuales claramente refractarias a las propuestas de aliento holístico; en estricta consonancia con ello, se proclamó la recuperación de un confuso sujeto histórico con la pretensión de superar los supuestos excesos deterministas y antihumanistas de los trabajos centrados en cuestiones colectivas. Pero lo cierto es que ese intento de desacreditar la dimensión denotativa del trabajo de los historiadores que se atenían a un marco social no ha producido resultados historiográficos de interés. El inane discurso narrativo con pujos literarios no puede ser la alternativa al propio de las ciencias sociales, que fue dominante desde la irrupción en la historiografía de *Annales* y el materialismo histórico: ¿acaso es exigible que una ciencia social como la historia renuncie a servirse del lenguaje propio de las ciencias sociales?

La orientación historiográfica que se atiene a marcos estructurales, una vez depurada de los excesos en que se incurrió desde ámbitos como el del estructuralismo marxista, ha de reconquistar el terreno perdido. Una vía practicable es la superación del economicismo mecanicista que a menudo lastraba las producciones vinculadas a dichos marcos y una mayor aplicación a la definición del sujeto histórico, con todas las cautelas que hagan al caso. Será también procedente prestar atención a planteamientos como los de la llamada historia global, consonante con una globalización del mundo que es irreversible, a pesar de quienes intentan patéticamente ignorarla. No se deberá perder de vista, en cualquier caso, la necesidad de seguir desenvolviéndose en el terreno de las investigaciones monográficas de escala local y regional. Pero hay que insistir en que el discurso inspirado en los planteamientos fantasiosos de la posmodernidad militante nunca puede suplantar al realizado a la luz de la razón ilustrada: el irracionalismo es destructivo por definición. Las fundadas críticas a aquella razón desviada que dio lugar al Leviatán totalitario no pueden desautorizar en modo alguno el uso riguroso de un instrumento que es el principal atributo humano. La razón es vigilia, y «el sueño de la razón produce monstruos», como dejó dicho Francisco de Goya. Pienso que, en nuestro campo, hay que poner en evidencia a todos esos historiadores de pacotilla que piensan que la única aproximación viable al pasado es la que se realiza mediante el estudio de las migajas del mismo, de la calderilla de la historia.

La lectura de los trabajos seleccionados por los profesores Peterson y García Izquierdo, editores de este volumen, revelará a quienes la hagan que su autor era un progresista sin fisuras, algo muy apreciable en estos tiempos en los que ese futuro que tan alegremente había abolido la ensoñación posmoderna en nombre del capitalismo salvaje reaparece ante nosotros en su peor versión: la catastrófica. Frente al populismo fanático y paleta, frente a las «posverdades» y *fake news* que marcan la continuidad de lo posmoderno en la era digital, es reconfortante disponer de propuestas «fuertes» como las de Luis, que nos permiten aproximarnos al pasado al margen de mitos, mentiras y tópicos concebidos para nublar nuestro criterio.

Julio A. Pérez Celada
Profesor titular de Historia Medieval de la Universidad de Burgos